



Publicaciones



Revista Catequética | Mayo-Junio 2009

SUMARIO

PUNTO DE VISTA

Mundo rural y evangelización, por Ramon Prat i Pons, Profesor de Teología Pastoral de la Facultad de Teología de Cataluña

ESTOS MESES

1. **Celebración para el mes de mayo: Cinco rosas para un Ave María**, por Alberto Pérez Pastor, S.J.
2. **Oraciones marianas para el mes de mayo**, por Pedro Díaz Risco, S.J. y José Luis Saborido, S.J.
3. **Propuestas en torno a la primera reconciliación**, por Alberto Pérez Pastor, S.J.
4. **Celebración de la luz en Pascua o Pentecostés**, por Jesús Pérez Fdez.-Rivera, S.J.
5. **Celebración para el mes de junio: Preparamos la fiesta final**, por Alberto Pérez Pastor, S.J.

TESTIGOS HOY

Alfonso Carlos Comín, Texto e ilustraciones, Javier Prat Cambra

CARPETA ABIERTA

1. **Seis encuentros de formación social sobre el Documento "La Iglesia y los pobres"**, de la Comisión de Pastoral Social de la Conferencia Episcopal Española (1994) (5)
2. **La vida de la comunidad cristiana**, (Comunitat Germanor. Barcelona)

INFORMACIÓN DE MATERIALES

EN LA RED: www.pantalla90.es

PRESENTACIONES POWER POINT: El camino de María; Instrucciones; María de la O por Txema Pascual (www.recursospastorales.com)

LIBROS INFANTIL Y JUVENIL: Canciones para mirar; Huerto del limonar. Poetas del 27; Verde verderol. Antología de verso y prosa de Juan Ramón, por Mercedes Díaz Marcos

LIBROS: Evangelio y vida cotidiana, La fiesta de mi bautismo, En camino con San Pablo

DVD: Tres escalones; Pablo. De Tarso al mundo (www.recursospastorales.com)

PELÍCULAS: Lo mejor de mí; Caos Calmo, por Txema Pascual (www.recursospastorales.com)

CONTRAPORTADA

San Isidro y Santa María de la Cabeza. Dibujo y actividades: Javier Prat Cambra.



Vivir la comunidad cristiana

por Comunitat Germanor (Barcelona)

Nuestra llamada personal nos ha conducido en la Iglesia a compartir la fe en comunidad. En ella hemos aprendido a liberarnos del egoísmo y a esforzarnos por responder a nuestra llamada personal. En definitiva, a amar.

Agradecidos por esta vocación, pero espolcados también para revisar nuestra fraternidad y nuestro seguimiento comunitario, hemos escogido tres textos del libro de los Hechos para llevar a cabo nuestra reflexión.

A. Las primeras comunidades cristianas

Los primeros cristianos, tras la muerte de Jesús, iniciaron, reuniéndose, un proceso de vida comunitaria que llega hasta nuestros días.

Hay tres textos en el libro de los Hechos que nos explican de forma especial cómo vivían estos primeros cristianos y cómo actuaba el Espíritu del Señor en la comunidad, suscitando un nuevo estilo de vida. Estos pasajes pueden esquematizarse de la siguiente manera:

- Vivían de la enseñanza de los apóstoles, que eran recuerdo vivo y vivido de Jesucristo.
- Vivían con prodigios y milagros, dando testimonio de la resurrección de Jesucristo.
- Vivían unidos en el gozo y en el desprendimiento de sus cosas en favor de los más necesitados y compartiéndolo todo con los miembros de la comunidad y con el pueblo.
- Vivían en medio de la simpatía de todos, mostrándose de tal manera que atraían a los demás a seguirlos.

B. Las comunidades en nuestros días

Nosotros, hoy, intentamos, como aquellas primeras comunidades, ser fieles a la llamada del Señor desde una pequeña comunidad en la que nos hemos sentido llamados a compartir y vivir nuestra fe. Desde nuestra pequeña experiencia intentamos, pues, dar más sentido a aquellos textos del libro de los Hechos con palabras de nuestros días. Nuestra vida cristiana ha de ser:

1. Recuerdo vivo de Jesucristo que nos lleva a dar testimonio de su resurrección. Nuestra fe es viva si es recuerdo vivido, no si es simplemente adhesión a “verdades”, o si es repetición de costumbres. Y será recuerdo vivo si encontramos, en nuestro corazón, la presencia de Aquél que recordamos: Jesucristo.

Esta presencia viva implica la aceptación cordial de aquellos rasgos básicos de Jesús (libertad, disponibilidad y verdad), rasgos que valoramos como ofrecidos a nosotros como don y que dan sentido a nuestras vidas.

Los explicitamos así:

- *Jesús superó la ley.* Lo que salva, lo que no pasa, lo que es verdadero, lo que da sentido a la vida, es *amar*. Y no sólo pensar o sentir. Todo lo que podemos, pues, hacer, sentir, decir, vivir, tiene sentido si se fundamenta en un amor de corazón.
- *Jesús superó la tentación de condenar.* Lo que salva, lo que no pasa, lo que es verdadero, lo que da sentido a la vida, es *perdonar*. Sea cual sea la circunstancia y la dificultad, Jesús reconoce siempre en todo ser humano la posibilidad de cambiar, de enderezar el camino. Así, nos llama a nosotros a no prescindir de nadie, a no vivir al margen de aquellos que nos desagradan.
- *Jesús invirtió la lógica de la vida.* Lo que salva, lo que no pasa, lo que es verdadero, lo que

da sentido a la vida, es *soltar* intereses, privilegios, preferencias, propiedades, valores... sea cual sea la circunstancia o el objetivo de la vida. Y esto, a pesar del dolor que comporta.

Estos tres rasgos los vamos aprendiendo a vivir en la comunidad, observando cómo nuestros compañeros en la fe entregan a los demás su tiempo, sus recursos, su saber, cómo perdonan nuestros errores y nuestra falta de seriedad ante Dios y los demás y cómo nos ofrecen un amor sincero y desinteresado. Así vamos aprendiendo en la práctica que en este modo de proceder está la Vida.

2. Testimonio que nos hace desprendernos de nuestros bienes en favor de los más necesitados y compartir con gozo lo que tenemos.

Las sociedad a la que pertenecemos nos propone un estilo de vida que vive de la necesidad de poseer y del deseo de dominar, con todo lo que esto trae de rechazo de los sectores más marginados que no pueden poseer ni dominar sino que más bien se encuentran faltos de todo y son reprimidos. Esto hace que nuestra vida cotidiana nos resulte difícil de vivirla en actitud de desprendimiento. Nos sentimos constantemente entre dos fuerzas antagónicas, en el trabajo, con los amigos, con nuestros hijos, con nosotros mismos, ya que a menudo vivimos esta incoherencia personalmente y nos atrae con fuerza este deseo de tener y dominar.

Con todo, en momentos de oración y reflexión, nos damos cuenta de que la superación de esta dificultad es precisamente la clave de nuestro testimonio cristiano en el mundo. Nos damos cuenta de que hemos hacer esfuerzos de imaginación para encontrar canales de actuación que vayan más allá del testimonio impotente y se dirijan hacia una acción eficaz ante situaciones muy claras de marginación: paro, pobreza crónica...

La comunidad es el lugar donde nos animamos a desprendernos, a compartir lo que somos y tenemos. Donde aprendemos que nuestro compartir ha de nacer de una actitud gozosa de fondo y no de acciones de un momento. Cada vez que nos sentimos interiormente libres para compartir cosas que consideramos importantes, bienes materiales necesarios, tiempo que nos hace falta, compañías que nos obligan a cambiar horarios y tiempo libre... se nos despierta un gozo que nos impulsa a un seguimiento más auténtico de Jesús en el desprendimiento.

Acompañando a los miembros de la comunidad con un esfuerzo sincero de intuición, de delicadeza, de relativización, iremos avanzando en este camino.

3. Invocación permanente al Padre. Invitación a los demás a vivir también según las bienaventuranzas.

Vivir con el estilo de vida de Jesucristo e ir desprendiéndose y compartiendo son cosas que sabemos y notamos, por propia experiencia, que sobrepasan nuestras fuerzas. El recuerdo vivo de Jesucristo, por un lado nos hace ver una imagen clara de lo que es ser auténticamente persona humana, pero no deja de poner ante nuestros ojos las propias limitaciones y contradicciones, y nuestra imposibilidad de vencerlas.

Esta contradicción sólo puede ser asumida seriamente desde la fe en una constante invocación al Padre. Esta invocación se vive entonces como:

- Una confianza plena en Aquél que nos ama.
- Un deseo verdadero de ser cada día una persona más auténtica
- Una conciencia de nuestra impotencia para serlo.
- Una puesta en juego de todo lo que está a nuestro alcance para ir avanzando.

Esta invocación se expresa con más intensidad en los momentos que llamamos plegaria u oración. Son los momentos en que tomamos conciencia de que vale la pena desprendernos por los demás, los momentos en que nos hacemos conscientes de que todavía podemos compartir más.

Pero estos momentos son también los momentos en que nos damos cuenta de que toda nuestra vida, de que nuestras contradicciones están en manos de Dios que nos perdona, nos ama,

nos sigue invitando, en definitiva, nos salva.

Si vivimos esta oración personal día a día como fuente de inspiración de nuestra vida, ésta se irá convirtiendo poco a poco en una luz que ilumina el camino, en una conciencia que acompaña una actitud, en una permanente palabra que interpela a la práctica de la vida.

La comunidad es entonces un lugar en el que se nos ayuda a invocar, allí donde dejamos que el Espíritu se dirija a nosotros y nos disponemos a encontrarlo y a encontrarnos, dejando que Él entre en nuestras vidas. Así, poco a poco, iremos encontrando aquel gozo de fondo que surge de la íntima experiencia de que no estamos solos.

En el ejercicio leal de la oración comunitaria iremos aprendiendo también a ayudar a los demás a expresarse con sinceridad ante Dios y ante nosotros, a vivir en la verdad personal en medio del mundo en el que el Padre nos ha puesto.

C. La vida comunitaria cotidiana

La comunidad fraterna ha sido y sigue siendo deseada como la forma concreta de vivir nuestra fe, pero no es fácil perseverar en ello. Nuestras propias maneras de ser, la diferente educación recibida por cada uno de nosotros, la edad... a veces lleva a situaciones difíciles.

Tras reflexionar sobre este tema podría ser interesante para otros grupos que explicitásemos determinadas vivencias que pueden irse constatando a lo largo de los años. Son vivencias caseras, sencillas, pero que pueden ser útiles.

a) En la comunidad es necesario afrontar todo lo que es conflictivo, limitado o decepcionante de los otros. Hemos de ir aprendiendo, con libertad, a explicitar lo que nos preocupa, superando la trampa de ignorarlo y relacionarnos sólo de modo superficial. Hay que crear situaciones de libertad que permitan el diálogo.

b) Hay que trabajar en serio para conseguir la mutua aceptación, hablando con fidelidad y lealtad de nuestras impotencias y los demás de las suyas. Experimentaremos que siguen acogiéndonos a pesar de nuestras carencias, que somos fraternalmente aceptados. Experimentaremos entonces la paz y el gozo de la acción del Espíritu en la comunidad.

c) Hay que aceptar que toda vida comunitaria pasa por momentos difíciles. Iremos aprendiendo a superarlos en la medida que aprendemos a escuchar a los demás más que querer que nos escuchen a nosotros. Poniendo atención en lo que nos comuniquen, iremos recibiendo respuestas indirectas a algunas de nuestras preguntas tal vez todavía sin formular.

d) Hay que valorar como algo importante en una comunidad la calidad de nuestras relaciones. Hacer comunión es el objetivo de nuestros encuentros. Todo lo que hablamos, pensamos, escuchamos, nuestras tareas organizativas de servicio a la comunidad... todo está encaminado a compenetrarnos por medio del compartir. Confianza y sinceridad son aquí las actitudes básicas para superar limitaciones y rechazos.

e) Hay que descubrir que nuestra fe se juega en las decisiones. La comunidad nos ha de ayudar a evaluar nuestra vida con madurez, a asumir nuestras responsabilidades y sentirnos confirmados en las decisiones. Hemos de sentir el gozo de tener amigos que son fieles al Señor y que viven de su Palabra.

f) Hay que suponer que toda vida comunitaria incluye y presupone siempre un trabajo personal y una tarea cotidiana seria y solitaria. Nuestra relación comunitaria depende siempre de nuestra oración personal, de cómo nos vamos vaciando de nosotros mismos para llenarnos de los demás.

g) Hay que valorar que toda comunidad tiene un sentido de escuela de vida. Formamos

comunidad en la medida que hemos sido invitados a formarla, pero también porque hemos sido convocados a llevar el Reino de Dios a nuestro mundo. Una actitud abierta nos ha de llevar a vivir fuera las actitudes que hemos aprendido dentro.

Citas Evangélicas

Hech 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16

Preguntas

1. ¿Sabemos encontrar, en nuestras comunidades, testimonios vivos, aunque secretos, de Jesucristo?
2. ¿Hasta qué punto creemos que el desprendimiento y el compartir nos hace "más personas" en el seguimiento de Jesús?
3. ¿Qué compartimos? ¿Algo importante? ¿Algo superfluo?
4. ¿Intentamos vivir nuestra oración comunitaria como el lugar en el que, expresando nuestra verdad personal ante el Padre, nos sentimos liberados y acogidos?

Oración

Señor, quiero darte gracias una vez más porque me has hecho vivir durante años los momentos mejores y los momentos no tan buenos de esta pequeña comunidad en la que estoy y a la que quiero.

Soy consciente, Señor, de que casi todo lo que he avanzado en el camino de la fe se lo debo a todos los compañeros que, con su vida sencilla y honesta, con su palabra oportuna y su presencia silenciosa, me han empujado a orar más de lo que yo estaba dispuesto a orar, a perdonar más de lo que yo estaba dispuesto a perdonar, a dar más de lo que yo estaba dispuesto a dar.

Dame, Señor, un corazón más abierto para compartir cada día con todos ellos, cada día con más verdad, mi esperanza y mi amor a Ti y a los demás.